

Sin embargo, en el fondo de los ataques de Camilo hay algo que revela que aun no ha perdido el respeto al maestro: «No ver lo que los tiempos exigen, entretenerse en vanos ejercicios de palabras, figurar siempre en primer término sin inquietarse de aquellos entre quienes se vive, eso es *ser tonto*, con buena intención; procedió Caton cuando perdió la República.»

El librero de Desmoulins retrocede horrorizado al leer estas líneas. Se cree ya muerto y declara que se aventurará á imprimir todo lo que se escriba antihebertista, pero que el pasaje contra Robespierre debe desaparecer. El fogoso periodista, detenido en su marcha, discute, se enfurece con Desenne. Las pruebas van y vienen. Se relee el pasaje. Los amigos hablan en voz baja. ¿Suprimieron algunas páginas los enemigos? Es probable. Por lo demás el efecto era terrible.

Todo hombre político debe tener miedo á que se le vea desde muy cerca, á que lo palpen sus amigos y sus enemigos y más Robespierre, un sacerdote, un ídolo, un papa. El más digno de los hombres no puede desempeñar estos papeles si no es con una máscara tras la cual oculte el verdadero estado de su espíritu.

Robespierre, serio patriota, aceptaba esta adoración por la salud de la patria y creía que iba esta á perecer si los volterianos tocaban la última religión.

No había que pensar en aventurar la palabra contra Desmoulins. Un Dios que discute es un Dios perdido. Robespierre desde entonces ha de permanecer envuelto en sus sombras de seriedad y de tristeza.

Está sin armas contra la ironía. Sus incursiones á este género de ataques habían sido poco fecundas.

Quizás el mismo Robespierre sintiera honda contrariedad al ver ante sí á Camilo Desmoulins, este dulce camarada que ni un solo día dejó de trabajar por su reputación.

Pero era necesario destruir aquella arma que con tanta fortuna esgrimía contra Robespierre.

Había que matar á Desmoulins... ¿Y quién era el pobre Camilo? Una hermosa flor que había fecundado Danton. El viento había arrancado las hojas pero ¿qué mano podía atreverse á arrancar el árbol?

Robespierre cayó enfermo el día 15 de Febrero, permaneciendo en su casa hasta el 13 de Marzo.

Durante este tiempo se ausenta Couthon su segundo hombre. Desaparece el 13 y reaparece el 15.

Alguien dijo que esta ausencia era política y que era necesario ganar tiempo por las razones que ya se han visto. Pero yo creo que la enfermedad fué real; la fiebre, la inquietud, la terrible indecisión debió crear en Robespierre un estado peligroso.

Si Desmoulins no hubiera sido tan inocente hubiera sacado más partido de este espacio en que reposaba un enemigo en vez de defenderse.

Los realistas habían entendido bien el carácter de Robespierre y decían: «A un hombre como Robespierre no se le destruye aunque los ataques perduren. Es un Dios y hay que adorarlo ó de un golpe arrancarlo del altar.»

Una cosa detenía al poderoso libelista y era lo que antes hemos apuntado, que aun no había perdido el respeto á Robespierre. En el fondo aun lo amaba.

Si desde el primer ataque y sin advertirlo, improvisadamente Desmoulins hubiese elegido de texto lo ocurrido en Thermidor, el golpe hubiera sido de muerte.

Es seguro que Robespierre vivía bajo la terrorífica impresión de que Camilo iba á aprovechar para sus libelos aquellas materias. Camilo era sin duda un niño y hasta él mismo se complacía al decirlo, pero tenía juegos homicidas.

Robespierre estudió aun más hondamente á Camilo. Examinó todos sus recursos y calculó sus fuerzas. Un hecho lo decidió. La acogida de Carrier en la Convención (23 de Febrero). Si inocentaba la Asamblea á semejante hombre es que estaba dispuesta á amnistiar á cuantos representantes desempeñaban misiones; que hebertistas y dantonistas estaban de acuerdo en este punto buscando su unión contra el enemigo común, contra el dictador. Robespierre se decidió y tiró mano del cuchillo para cortar las cabezas á los dos partidos. Este cuchillo era Saint-Just.

Estaba éste en el ejército del Norte, pero ya avisado el 26 llegó á la Convención.

El discurso que pronunció para quienes supieron entenderlo era un discurso de exterminio, una espantosa amenaza.

Tenía este discurso dos objetos. Atestigua el paso prodigioso que dió Robespierre en su áspera soledad, bajo la prueba de ataques inminentes y un ridículo posible.

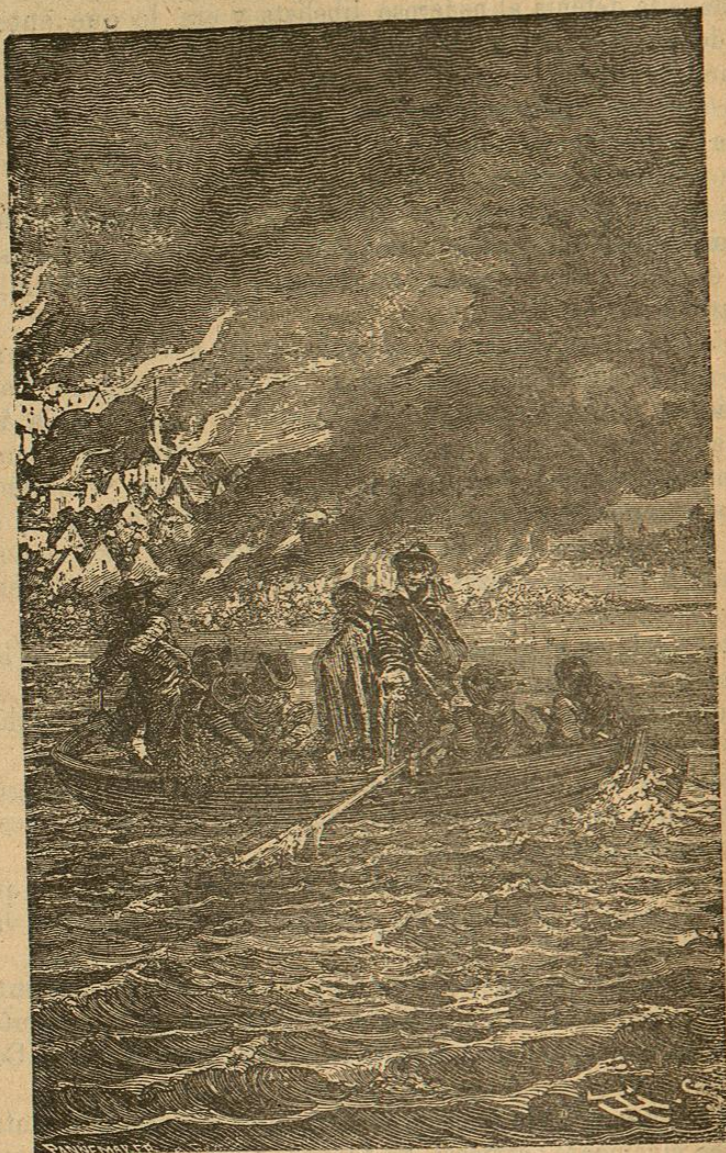
No solamente trata de traidores á los indulgentes, si no que á los exaltados los califica de clementes y tibios. Era esto extremar la nota, preparar la defensa.

«¡Nada de terror! ¡Justicia, justicia, solamente, decía Saint-Just!» Pero esta justicia de Saint-Just sirve para acusar de indulgente á una Asamblea en la que tomaban asiento hombres como Carrier y Collot-d'Herbois.

«No se ha castigado á los culpables» dice Saint-Just. Entre muchas frases vivamente hermosas, profundas, filosóficas tenía ideas espantosas por lo vagas y equivocadas.

«Se debe de efectuar la selección de la sociedad. Quien impida que se depure quiere corromperla y quien la corrompe quiere destruirla.» La inquisición no hubiese razonado de otro modo. Si se hubiera aplicado semejante criterio no se hubiera encontrado un solo inocente. Salidos todos de la monarquía más ó menos corrompidos, por este hecho eran

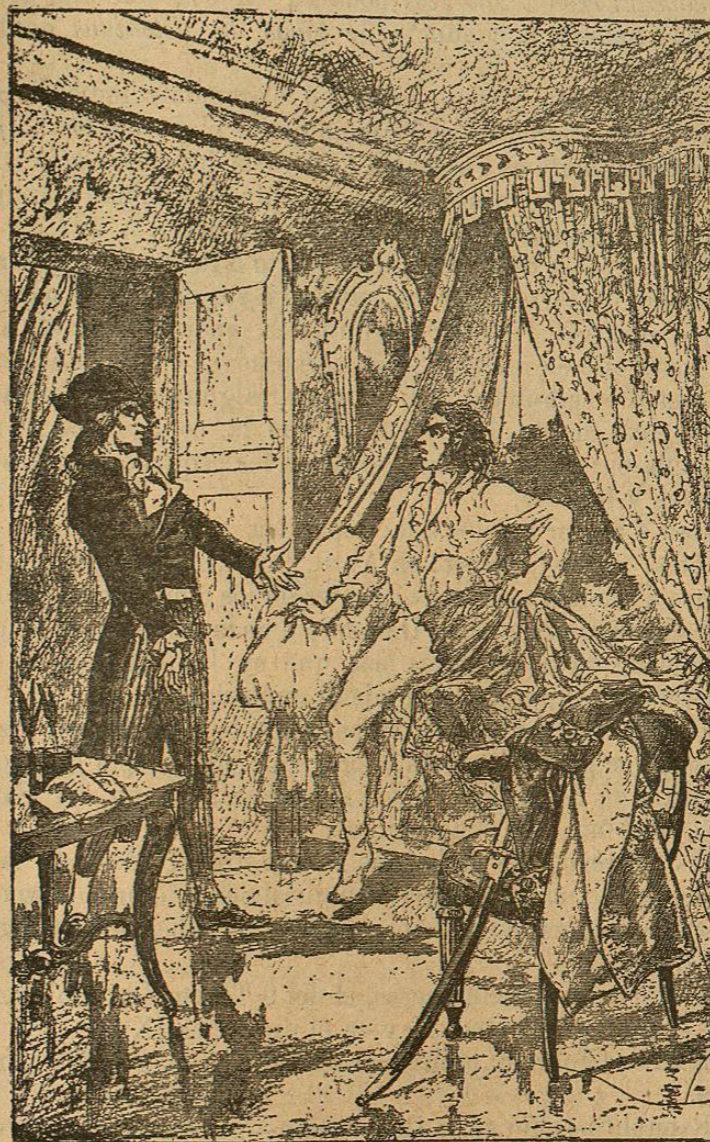
ya traidores si semejante doctrina prevalecía. ¿Era Saint-Just mismo inocente. él que dos años antes había reimpreso su imitación de la *Pucelle?*»



... escoltarlas, defenderlas, repasar el Loira. (Pág. 345)

La Convención se sorprendió ante la enérgica naturaleza de los ataques lanzados por Saint-Just contra el movimiento del que era autor Chaumette, movimiento profesado por él. El mismo Saint-Just no pue-

de adivinar el valor de sus palabras, la alegría inmensa de la contrarrevolución.



«¿Quién te trae por aquí tan temprano?» (Pág. 347)

La conclusión es decisiva: «La necesidad ha envilecido al pueblo; la Revolución no ha entrado todavía en el estado civil. Quien se haya manifestado enemigo de su país no puede ser propietario en el mismo. Indemnícemos á los desdichados con los bienes de los enemigos de la Revolución.»

Sustituye así uno de los principios, esto es la *venta* de los bienes nacionales por la *donación* gratuita.

«Los *comités revolucionarios* pondrán en conocimiento del comité de Seguridad general la conducta de *todos los detenidos* desde Mayo del 89.»

El sentido de este artículo apareció claramente indicado por Couthon y otros que pidieron la confiscación de los bienes de los *sospechosos* lo mismo exactamente que se había hecho con los *emigrados*. Dicho de otro modo, que los que apenas se suponía culpables debían mezclarse con quienes se tenía palmaria demostración de su delito.

Este discurso de Saint-Just desconcertó á la opinión. Mostró á Robespierre sobre un terreno nuevo, extraño á sus doctrinas, poco alejado de las leyes agrarias. Pero los que hubieran querido observar el fondo, hubiesen visto que en realidad el gobierno no se concedía al centro del que seguramente se hubiera podido esperar alguna imparcialidad, si no á la tiranía local, desde el momento en que la confiscación no se acordaría más que por notas que transmitirían los pequeños comités de secciones, villas y lugares.

¿Podían ó no ser infieles á la República y aun enemigos de ella estos agentes? Se advierte esto en Abril. Los comités de los pueblecillos compónense de monárquicos, de agentes de los emigrados, de sus procuradores, de sus intendentes. De una plumada se les suspende á todos. No habían quedado comités más que en las capitales de distrito.

Robespierre obtuvo una ventaja al anularlos.

Para obtener este resultado Robespierre lo pagó á buen precio y al mismo tiempo se preparaba para lo porvenir: elevó hasta lo inconmesurable la figura de Saint-Just. Sobre su pedestal ya no era Saint-Just el tipo del jacobino: era el del militar.

Saint-Just respondía mejor que su maestro al ideal de la nueva época que se aproximaba. Encontró naturalmente lo que no tuvo jamás Robespierre, una facultad poderosa sobre la gran bestia humana, *la palabra del tirano*.

Todo esto se reveló sin necesidad del 9 Thermidor. Robespierre lo miraba y decía tristemente: «Hay en él un Carlos IX.»

El día 24 de Febrero pronunció palabras que á todos parecieron siniestras.

«La República—dijo en la Convención—no es un Senado, es la virtud.» ¿Por qué, pues pronunciaba la palabra *Senado*? Esta moral tan inesperada y extraña arrancó un rayo de la lejana luz del 18 Brumario.



## LIBRO XIV

### CAPITULO PRIMERO

#### **Movimiento de los Cordeleros. Arresto de hebertistas.—Primer golpe contra los dantonistas (25 Febrero-8 de Marzo del 94)**

Indignación de los Cordeleros.—La venganza de las sociedades pequeñas.—Hacen un llamamiento insurreccional.—Quedan solos.—Son arrestados.—Discurso de Saint-Just contra exaltados é indulgentes.—Se envuelve á Clootz en el proceso Hebert.—Robespierre observa con placer como se diezma la Asamblea.—Se arresta á Hebert y á Chaumette.—Danton defiende á sus enemigos.

La última palabra de Saint-Just en el 9 Thermidor es la siguiente: «Dividir, *no las propiedades*, sino los arrendamientos.»

Entonces, como Marat y Robespierre, como todo cuanto se puede llamar revolución clásica, Saint-Just defendía la propiedad.

En esto aparecían como simples enemigos de Babeuf, y sin duda de Jacques Roux, de Varlet, de Leclerc, de Lion y de los amigos de Chalier.

El esfuerzo de Robespierre se ha observado desde Junio del 93, deteniendo siempre á los cordeleros en la pendiente por la cual iban arrastrados.

Los cordeleros adiestrados por los hebertistas y robespierristas ha-